



MIKE HAMMER

Cacería de mujer

Mickey Spillane

Desde la desaparición de su secretaria hace siete años, cuando le encargó un trabajo del que nunca regresó, el detective Mike Hammer no ha hecho más que beber. Pero de repente, surge una pista que parece indicar que puede encontrarla con vida, si da con ella a tiempo. Por suerte el investigador más duro de Nueva York todavía tiene amigos poderosos. Y su pistola del 45, dejada de lado durante demasiado tiempo, es sin duda uno de ellos.

Encontrando la conexión entre las muertes de un senador, un vendedor de periódicos y un agente del FNI, Hammer da con la pista que le conduce hasta una red de espías y asesinos internacionales.

CACERÍA DE MUJER

Esta es para Elliot Graham, quien sudó más esperando a Mike de lo que hizo como soldado raso mientras esperaba que los aviadores de botas marrones como yo le diéramos apoyo aéreo. Así que aquí estamos otra vez, E.G., y aún queda mucho por venir. Pero esta es para ti.

CAPÍTULO 1

Me encontraron en la cuneta. La noche era lo único que me quedaba y tampoco quedaba mucha. Oí un coche parar, las puertas abrirse y cerrarse, y dos voces. Un par de brazos me pusieron en pie y allí me dejaron.

—Un borracho —dijo el poli.

El otro me giró hacia la luz.

—No huele mal. Ese corte de la cabeza no es de una caída.

—¿Un atraco?

—Puede.

Me daba completamente igual cómo lo llamasen. De todas formas, los dos se equivocaban. Dos horas antes estaba borracho. Ya no. Dos horas antes era un león rugiente. Después la botella voló por el local. Y se marchó el león.

Ahora no era nada. No había nada dentro de mí, excepto la sensación que debe experimentar un barco cuando lo torpedean, se hunde y llega al fondo del mar.

Una mano me giró la barbilla y me levantó la cara.

—Ah, es un vagabundo. Alguien le ha dado un meneo.

—Nunca llegarás a sargento, hijo. Ese traje vale cien pavos y le queda demasiado bien para ser de segunda mano. Esa suciedad es reciente, no antigua.

—Vale, papi, echemos un vistazo a su cartera. Vemos quién es y nos lo llevamos.

El poli de la voz más grave se rio, me cacheó y sacó mi cartera.

—Vacía —dijo.

Demonios, antes había dos billetes. Debía de haber sido una buena noche. Doscientos pavos de noche.

Oí que el poli silbaba entre dientes.

—Hemos pescado uno bueno.

—¿De la alta sociedad? No lo parece. No con esa cara. Lo han empapado los coches al pasar.

—Ajá. En su carné pone que es Michael Hammer. Un detective privado que se mete por todas partes.

—Cuando lo metamos en la trena se moverá menos.

El brazo que tenía debajo del mío me enderezó un poco y me llevó hacia el coche. Mis pies se movieron, bultos colgando de una cuerda como péndulos.

—Bromeas —dijo el poli—. Hay gente a la que no le gustarían esos ruidos que salen de tu boca.

—¿Cómo a quién?

—El capitán Chambers.

Ahora fue el otro poli el que silbó.

—Ya te he dicho que es de los buenos —dijo mi amigo—. Llama a comisaría. Pregunta qué debemos hacer con él. Y usa un teléfono... mejor que esto no pase por la radio.

El poli gruñó algo y se marchó. Noté que unas manos me metían en el coche patrulla y me enderezaban en el asiento. Aquellas manos bajaron y metieron mis pies. La puerta se cerró y se abrió la del otro lado. Un cuerpo pesado se colocó tras el volante y un hilo de humo pasó por mi cara. Me mareó levemente.

El otro poli volvió y se sentó junto a mí.

—El capitán quiere que lo llevemos a su casa —dijo—. Me ha dado las gracias.

—Bien. Siempre digo que hacerle un favor al capitán es como un fondo de inversión.

—¿Y por qué no estás trabajando de paisano todavía?

—Quizá no sea lo mío, hijo. Eso os lo dejo a los jóvenes.

El coche arrancó. Intenté abrir los ojos pero necesitaba hacer demasiado esfuerzo y los dejé cerrados.

Solo puedes estar muerto durante un tiempo. Donde al principio no hay nada, los pedazos vuelven a recomponerse, como la película de un cartucho explotando marcha atrás. Los fragmentos vuelven lentamente, chirriando mientras buscan dónde encajan y se recolocan dolorosamente. Finalmente vuelves a estar completo pero las cicatrices y magulladuras siguen ahí para recordarte que estuviste muerto. La vida vuelve y con ella un dolor sordo que palpita a intervalos regulares, una luz demasiado brillante para mirarla y un ruido que es más de lo que puedes soportar. La carne es débil y sientes hormigueos, está flácida por la falta de uso que es la muerte y sensible al agónico fuego que es la vida. Y está la memoria, que hace que desees volver reptando al vacío. Pero la vida es demasiado vital para dejarte ir.

La terrible sensación de destrozo seguía dentro de mí, los pedazos tenían dificultades para recolocarse. Mi garganta seguía áspera y lanosa, como constreñida desde los tensos músculos de mi nuca.

Cuando levanté la vista Pat me estaba ofreciendo sus cigarrillos.

—¿Un pitillo?

Negué con la cabeza.

Su voz sonó levemente sarcástica cuando dijo:

—¿Lo has dejado?

—Sí.

Noté que se encogía de hombros.

—¿Cuándo?

—En cuanto se me terminó la pasta. Déjame en paz.

—Te llevaste un botín suficiente para poder beber eternamente —ahora su voz tenía un tono realmente desagradable.

Hay momentos en que no soportas nada, ni bromas, ni caricias... nada. Como dijo un tipo, no quieres nada de nadie nunca. Apoyé las manos en los reposabrazos de la silla

y me puse de pie. El interior de mis muslos tembló por el esfuerzo.

—Pat... no sé qué demonios quieres. Ni me importa. Sea lo que sea, no me interesa. Déjame en paz, viejo amigo.

Una expresión vacía pasó por su cara antes de que volviera su dureza previa.

—Hace mucho que dejamos de ser amigos, Mike.

—Bien. Pues dejémoslo así. ¿Dónde demonios está mi ropa?

Me echó una nube de humo en la cara y, de no haber tenido que sujetarme al respaldo de la silla para mantenerme en pie, le habría atizado.

—En la basura —dijo—. Donde también tendrías que estar tú, pero esta vez has tenido suerte.

—Hijo de puta.

Recibí otra bocanada de humo que me asfixió.

—Antes parecías mucho más grande que yo, Mike. Antes no habría podido enfrentarme a ti. Pero si me sigues diciendo cosas como esa voy a darte una buena.

—Hijo de puta —dije.

La vi venir pero no me pude mover, una bofetada borrosa y blanca con la mano abierta que me derrumbó sobre la silla, que cayó al suelo y me dejó hecho un ovillo contra la pared. No hubo dolor, solo un tenso retortijón en la panza que se convirtió en una arcada seca con sabor a sangre por el corte de dentro de mi boca. Podía sentir que me estremecía entre espasmos con cada contracción de mi estómago y cuando se terminó me quedé allí tirado, tan aliviado que creía estar muerto.

Dejó que me levantase solo y estuve a punto de tropezarme con la silla. Cuando pude recuperar la compostura le dije:

—Gracias, amigo. Lo recordaré.

Pat se encogió de hombros y me ofreció un vaso.

—Agua. Te calmará el estómago.

—Vete al cuerno.

Dejó el vaso sobre una mesita y sonó el timbre. Cuando volvió, tiró una caja sobre el sofá y la señaló.

—Vístete con ropa nueva.

—No tengo ropa nueva.

—Ahora sí. Ya me la pagarás.

—Y un cuerno te pagaré.

Se me acercó de puntillas y dijo en voz muy baja:

—Puede llevarse otra hostia en los morros sin demasiado esfuerzo, caballero.

No pude evitarlo. Intenté girar y levantarme de la silla, y como antes la vi venir pero no logré apartarme. Lo único que oí fue el impacto carnoso que me resultaba familiar ya y mi estómago volvió a intentar vomitar pero era demasiado tarde. La maravillosa negrura había vuelto.

Me dolía la boca. Me dolía el cuello. Sentía un costado a punto de estallar. Pero lo que más me dolía era la boca. Cada diente era fuente independiente de agonía silenciosa, mientras el dolor de mi cabeza parecía concentrarse en la parte trasera de cada oreja. Tenía la lengua demasiado hinchada para hablar y cuando conseguí abrir los ojos tuve que entrecerrarlos para ver el patrón del techo, en forma de damero.

Cuando la confusión se aclaró un poco, me senté, intentando recordar lo que había pasado. Esta vez estaba en el sofá, vestido con un traje azul marino. La camisa era blanca y limpia, el botón de arriba estaba desabrochado y la corbata negra colgaba suelta. Incluso los zapatos eran nuevos y la parte consciente de mi mente vivía el sencillo asombro de un niño al descubrir el desconocido y extraño mundo de las hormigas al darle la vuelta a una piedra.

—¿Estás despierto?

Levanté la vista y vi a Pat en la puerta, con otro tipo detrás cargado con un maletín negro.

No respondí y Pat dijo:

—Echale un vistazo, Larry.

Este se sacó un estetoscopio del bolsillo y se lo colgó al cuello. Entonces empecé a recordar. Dije:

—Estoy bien. No pegas tan fuerte.

—No lo intenté, chico listo.

—¿Y a qué ha venido el médico?

—Por principios. Te presento a Larry Snyder. Es amigo mío.

—¿Y qué? —el médico apoyó el estetoscopio en mi pecho y no habría podido impedírselo ni aunque hubiese querido. La exploración fue rápida pero bastante minuciosa. Cuando terminó se puso de pie y sacó un cuaderno de recetas.

Pat preguntó:

—¿Y bien?

—Ha parado poco por casa. Está bastante magullado. Puñetazos, un par de rasguños de balas...

—Ya las tenía antes.

—Las marcas de los puños son recientes. Hay más moratones producidos con objetos contundentes. Una costilla...

—Con los pies —interrumpí—. Me pisotearon.

—Típico estado de un alcoholístico —prosiguió—. Por las señales externas, diría que no está muy lejos del siniestro total. Ya sabes cómo son esos tipos.

—Maldita sea —dije—, deje de hablar de mí en tercera persona.

Pat gruñó algo entre dientes y se volvió hacia Larry.

—¿Alguna sugerencia?

—¿Para qué? —el doctor se rio—. Vuelven a las andadas en cuanto los pierdes de vista. Como este... le compras ropa nueva y en cuanto encuentre una tienda de segunda mano la cambiará por ropa vieja y algo de dinero para pagarse una copa. Cuando recaen lo hacen aún más profundamente.

—Me basta con que esté sobrio un día.

—Claro. Ahora está limpio. Pero debería visitarse regularmente.

Pat soltó una risa tersa.

—Me da igual lo que haga cuando se marche. Lo necesito sobrio una hora.

Cuando levanté la vista vi que el doctor miraba con extrañeza a Pat y después a mí.

—Espera un momento. ¿Este es el tipo del que me hablaste?

Pat asintió.

—Así es.

—Creía que erais amigos.

—Lo fuimos, pero los vagabundos no tienen amigos. No es más que un sucio borracho y preferiría que dejase la bebida, como cualquier borracho, Pero que fuéramos amigos ya no significa nada para mí. Hay veces en que los amigos se pierden muy rápidamente; Él se perdió. Ahora es parte de un caso. Le estoy haciendo algunos favores por los viejos tiempos, pero solo por los viejos tiempos y solo esta vez. Una sola. Después él seguirá siendo un borracho y yo un poli. Si le pilló pasándose de la raya, estará perdido.

Larry se rio débilmente y le dio una palmada en el hombro. La cara de Pat estaba tensa con una sonrisa malvada que no le había visto nunca antes.

—Relájate —le dijo Larry—. No te alteres.

—Odio a los borrachos.

—¿Quieres que te recete algo a ti también? Hoy en día hay botes de tranquilizantes.

Pat sorbió entre dientes y una sonrisa se dibujó en su boca.

—Lo único que necesito son problemas —me señaló con la mano—. Como él.

Larry me miró como a un espécimen de zoológico.

—No parece problemático. Probablemente solo le gusta empinar el codo.

—No, tiene un problema. ¿Entiendes?

—Cállate —dije.

—Mike, cuéntale tu problema a este señor.

Larry dijo:

—Pat...

Este soltó el brazo del médico.

—No, cuéntaselo, Mike. Me gustaría volver a oírlo.

—Eres un hijo de puta —dije.

Sonrió. Sus dientes brillaban blancos bajo sus finos labios y dio dos pasos obstinados hacia mí.

—Ya te he dicho lo que te haré si no cierras esa sucia boca tuya.

Esta vez estaba preparado. No podía levantarme, así que le di una patada directamente en la entrepierna y otra en la boca cuando se dobló, y le habría dado alguna más si el maldito doctor no me hubiese noqueado con un golpe con el maletín que casi me arranca la cabeza.

Tardamos una hora en recuperarnos pero a partir de aquel momento ya no iba a tener la oportunidad de engatusar a Pat. Esperaba que lo intentase y si lo hacía pensaba desparramar mis tripas por el suelo.

El médico se había marchado y había vuelto, trayendo las recetas que él mismo había prescrito. Me dio dos pastillas y me puso una inyección. Pat se tomó un puñado de aspirinas pero necesitó un par de sanguijuelas en un lado de la cara, que tenía negro y azul.

Pero estaba allí sentado, mirándome siempre con asco y sarcasmo, y volvió a decir:

—No le has contado tu problema al doctor, Mike.

Me limité a mirarle.

Larry hizo un gesto con la mano para que lo dejase y terminó de recoger sus cosas.

Pero Pat no pensaba dejarlo. Dijo:

—Mike perdió a su chica. Una chica realmente buena. Se iban a casar.

Aquel agujero en mi pecho empezó a abrirse de nuevo, un socavón enorme que podía crecer hasta no dejar nada

de mí, solo un enorme agujero.

—Cállate, Pat.

—Le gusta creer que se fugó pero sabe perfectamente que está muerta. La mandó a hacer un trabajo demasiado arriesgado y no volvió. ¿Verdad, Mike? Está muerta.

—Quizá sea mejor que lo dejes —le dijo Larry cortésmente.

—¿Dejarlo por qué? También era amiga mía. No debía haber estado jugando con matones. Pero, el muy listo la manda allí. A su secretaria. Ella tiene carné de detective privada y pistola, pero solo es una chica y no vuelve. ¿Sabes dónde está, probablemente, doc? En algún punto del fondo del río. Ahí está.

Y ahora el socavón era todo lo que me quedaba. Era una nada, un agujero que podía retorcer y abrasar mi mente con un dolor tan increíble que el mero alivio resultaba inconcebible porque no había espacio para nada más que dolor. Entre todo aquello pude sentir movimiento. Sé que estaba mirando a Pat y pude oír su voz pero nada tenía sentido ya.

Su voz remota decía:

—Fíjate, Larry. Tiene la mirada perdida. Mira su mano. Ya sabes qué está haciendo. Intenta matarme. Busca una pistola que no está porque ya no tiene licencia para llevarla. La perdió. Como su negocio y todo lo demás después de disparar a la gente que creía que tenía a Velda. Oh, eliminó a unos cuantos elementos y salió indemne porque todos eran matones y los atrapó en pleno atraco a mano armada. Pero aquel fue el final de nuestro chico duro. ¿Y qué hace entonces? Llorar su pena con una botella de *whisky*. Maldita sea... mira su mano. Me apunta un arma que no tiene y su dedo está apretando el gatillo. Diablos, me mataría aquí mismo.

Entonces perdí de vista por completo a Pat porque mi cabeza iba de lado a lado y el socavón volvía a rellenarse

gracias a las palmaditas del médico, hasta que volví a ver y sentir con la media vida que aún me quedaba dentro.

Esta vez el doctor había perdido su sonrisa desdeñosa. Tiró debajo de mis ojos, me miró las pupilas, me tomó el pulso e hizo cosas con una uña en los lóbulos de mis orejas que apenas pude notar. Se detuvo, se levantó y me dio la espalda.

—Está para el arrastre.

—Se lo tiene bien ganado.

—No bromeo. Es un desastre. ¿Qué esperas de él?

—Nada. ¿Por qué?

—Porque diría que no está en sus cabales. Esta exhibición ha sido deliciosa. No me gustaría verlo bajo más presión.

—Pues no te quedes por aquí. Pienso presionar bien a este cabrón.

—Te estás buscando problemas. Un tipo como él puede perder los estribos en cualquier momento. Por un minuto me ha parecido que se había trastocado. Cuando sucede, no se recuperan fácilmente. ¿Qué quieres que haga?

Yo estaba escuchando. No porque quisiera, sino porque era algo demasiado enterrado en mi naturaleza para evitarlo. Algo lejano, como un hambre que no puedes ignorar.

Pat dijo:

—Quiero que interrogue a un prisionero.

Se produjo un silencio momentáneo.

—No puedes decirlo en serio.

—Por supuesto que sí. Ese tipo no quiere hablar con *nadie* que no sea él.

—Olvídalo, Pat. Conocéis maneras de hacer hablar a alguien.

—Claro, bajo las circunstancias adecuadas. No cuando está en un hospital permanentemente rodeado de médicos y enfermeras. —¿Eh?

—Le han disparado. Está resistiendo para poder hablar con este borracho. Los médicos no saben qué le mantiene

con vida, a parte de su determinación por tener ese encuentro.

—Pero...

—¡Nada de peros, Larry! —su voz empezaba a ascender con una rabia contenida—. Cuando hay cosas importantes en juego empleamos todos los medios posibles. Dispararon a ese tipo y queremos al que apretó el gatillo. Se presentarán cargos por asesinato en cualquier momento y si existe alguna pista queremos conocerla. Me da lo mismo lo que se necesite para devolverle la sobriedad a este granuja, pero es justo lo que voy a hacer y no me importa si el esfuerzo lo mata, de todas formas tendrá que hacerlo.

—Vale, Pat. Es asunto tuyo. Tú mismo. Pero recuerda que hay muchas maneras de matar a un tipo.

Sentí los ojos de Pat escudriñándome.

—En su caso me da igual.

De alguna manera conseguí sonreír y me deleité con aquellas palabras. No podía rematarlo con ningún comentario sarcástico, pero en mi mente sonó bastante bien.

Solo tres palabras.

CAPÍTULO 2

Pat lo había organizado todo con su habitual meticulosidad. Los años no lo habían cambiado nada. El gran organizador. El señor «vamos, vamos, vamos» en persona. Sentí que regresaba a mí aquella sonrisa tonta que en realidad no significaba nada y en algún rincón de mi mente una voz clínica me dijo débilmente que podría ser un síntoma de histeria incipiente. La sonrisa se hizo aún más tonta y no lo pude evitar.

Larry y Pat me sujetaban por ambos lados, cada uno con una mano bajo mi brazo para sostenerme en pie y hacerme andar. Para cualquiera que me viera no era más que otro enfermo llegando a urgencias y si se fijaba bien incluso podía oler mi enfermedad.

Les hice llevarme al baño para volver a vomitar y me sentí algo mejor después de refrescarme con agua fría. Lo suficiente para borrar aquella sonrisa. Me alegré de que no hubiera espejo sobre el lavamanos. Hacía mucho que no me miraba y no quería volver a hacerlo en aquel momento.

A mi espalda se abrió la puerta y se produjo una charla médica rápida entre Larry y un interno con bata blanca que venía acompañado de un agente de paisano. Pat finalmente dijo:

—¿Cómo está?

—En las últimas —dijo Larry—. No quiere que le operen. Sabe que está acabado y no quiere morir bajo el éter sin ver a su amigo.

—Maldita sea, no es mi amigo.